

ct

Un pie gigante los aplasta a todos

de
Xavi Morató

(fragmento)

La acción transcurre en una habitación de hotel, la misma en las nueve escenas que forman esta obra. O tal vez son distintas habitaciones de hotel. Pueden ser varias habitaciones que se encuentran repartidas alrededor del mundo, pero que por algún motivo (¿acaso pertenecen a la misma cadena?) son exactamente iguales. También pueden parecer diferentes habitaciones y, en cambio, tratarse del mismo espacio, que ha sufrido modificaciones a lo largo del tiempo, tiempo que quizá se muestra en orden cronológico (si es que en este caso el orden cronológico es algo posible), pero quizá no. Incluso pueden parecer habitaciones distintas y ser, en efecto, habitaciones distintas. En realidad, esto no es importante.

Los protagonistas son un hombre y una mujer. O nueve hombres y nueve mujeres. No nos referiremos a ellos con un nombre, sino con un número. Con varios números, a decir verdad. Los impares siempre son mujeres y los pares siempre son hombres. Aunque pueden ser representados por los mismos actores, y de hecho el sentido común en una economía de crisis así lo aconseja, eso no significa que se trate de los mismos personajes. Tal vez son las mismas personas en circunstancias distintas. Tal vez no tienen nada que ver unos con otros y tan solo comparten cuerpo y voz de forma accidental. Tal vez sí que son los mismos, por lo menos algunos. Tal vez los dieciocho personajes que aparecen en la obra (personaje arriba, personaje abajo) no son sino el mismo ser reflejado y multiplicado. Esto sí es importante, o por lo menos más importante que el detalle de la habitación, pero en todo caso no es ahora el momento de decidirlo.

La época es la actual, sea lo que sea lo que quiera decir eso.

Escena 1

1
¿Sirve para algo?

2
¿A qué te refieres?

1
¿Sirve? ¿Es útil?

2
Todo es útil. O puede llegar a serlo, por lo menos.

1
Quizá sea simplemente decorativo.

2
En ese caso decora. Ya sirve para algo.

1
Me estás haciendo trampa.

2
¡No te hago trampa, es así!

1
O sea, que es útil.

2
Todo es útil. O inútil, depende.

1
¡Vete por ahí! Relativista de los huevos...

2
No es relativismo, es que no te lo quiero decir.

1
Dame alguna pista. ¿Es grande? ¿Es pequeño?

2
¿Vas a estar así toda la noche?

1
No tengo nada mejor que hacer.

2
¿Cómo que no?

1
Nada tan importante como esto.

2
Está bien.

...

1
¿Qué haces?

...

1
Querías esperar hasta mañana para dármelo.

2
Y tú querías descubrir lo que era sí o sí. Te lo puedo regalar ahora. Te lo regalo ahora.

...

2
¿No lo abres?

1
No.

2
Pero si te has pasado media hora—

1
Recuerdo perfectamente lo que he hecho. Me divertía jugar a adivinarlo. Pero sabía que no me lo ibas a decir.

2
Y ahora que tienes la oportunidad de—

1
Prefiero seguir preguntándomelo. Esta cajita puede contener muchas cosas. *No todas las cosas del mundo*, evidentemente, el tamaño ya hace que tengamos que descartar unas cuantas. Pero tal vez hay un collar. Tal vez bombones. Tal vez una flor, una flor seca. Tal vez una pistola. ¿Te das cuenta? Cada una de estas opciones da lugar a una historia totalmente distinta: cuatro historias totalmente distintas. No, no solo cuatro. Si es un collar, ¿cuál? ¿De qué material? ¿De qué color? ¿O colores? ¿De qué tamaño? ¿De qué forma? ¿Nuevo o usado? ¿Usado por quién? ¿Qué tacto tiene? ¿A qué

huele? ¿De dónde ha salido? ¿Lo has comprado? ¿Lo has heredado? ¿Te lo has encontrado? ¿Lo has robado? Incluso la propia colocación del objeto dentro de la caja da lugar a una historia distinta. Cada posible rama se divide en miles y miles de pequeñas ramas que a su vez también se bifurcan. Y ahora mismo, en este preciso instante, todas son posibles. Más aún: ahora mismo, todas existen. Hasta el momento en que la abra, la caja contiene todos los objetos. *A la vez.*

2

El gato de Schrödinger.

1

Exacto.

2

¿Conoces la paradoja?

1

Sí, claro.

2

No dejas de admirarme.

1

Venga, por favor. Si tú la conoces, ¿por qué no yo?

2

Sí, tienes razón. O sea, que nunca la abrirás.

1

Claro que la abriré. Déjame fantasear un poco más.

2

Cógela por lo menos.

1

No. Si noto su peso, automáticamente millones de posibilidades desaparecerán.

2

No es tan importante.

1

No lo rebajes.

2

¿Cómo?

1

Si le has dedicado tiempo, es que era importante. Al menos para ti. No lo rebajes.

2

Vale.

...

2

Sabes, antes cuando estábamos—

1

Cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie.

2

¿Qué?

1

Algo íntimo.

2

¿Por qué?

1

¿Y por qué no? Quiero decir, si al fin y al cabo nos tenemos que pasar la vida juntos, es práctico que nos mostremos tal como somos.

2

No tiene nada que ver. Puedo mostrarme tal como soy contigo, pero eso no significa que tenga que contarte todos mis secretos.

1

¿Seguro?

2

Diría que sí.

1

Secretos, ¿eh? En plural.

2

Bueno, no sé si tengo muchos, simplemente... estoy en mi derecho.

1

¿Qué me escondes?

2

Nada, no te escondo nada. Es de concepto. No hace falta compartirlo todo.

1

¿No crees que te sentirías mejor?

2

¿Mejor?

1

Más tranquilo. Con la conciencia de que lo sé todo sobre ti, de que conozco profundamente tu ser y lo acepto. De que lo acepto todo.

2

Quizá no lo aceptes todo.

1

Una cosa que nunca le hayas contado a nadie.

2

Estoy en mi derecho. Tengo derecho a mi intimidad, todo el mundo lo—

1

Una sola.

2

Está bien.

...

2

Que nunca haya contado, ¿eh? Muy bien... Nací un uno de julio.

1

Sí...

2

Y treinta años después entré en una habitación de hotel con mi esposa, recién casado.

1

No vale.

2

Nunca se lo había contado a nadie.

1

Haces trampa.

2

Técnicamente no. No me he saltado las normas que me habías puesto.

1

¿Por qué no confías en mí?

2

Confío en ti.

1

No del todo. ¿No hay nada que te gustaría contar? ¿Que jamás te has atrevido a decir en voz alta porque temías, porque temes, qué dirán de ti, qué pensarán, qué lugar en el mundo pasarás a ocupar a partir del momento en que las palabras salgan de tu boca?

2

¿Y tú?

1

Yo he preguntado antes.

...

1

No te juzgaré. No es lo que me toca hacer.

2

¿Y qué te toca hacer?

1

Escucharte. Demostrarte que nada se ha roto. Que nada es tan importante.

2

Me acabas de decir—

1

Hay que medir la justa relevancia de las cosas. Venga, ¿cuál es ese gran secreto que no me quieres contar?

2

No es ningún *gran secreto*...

1

Ya.

2

Tan solo es algo que me hubiera gustado poder decirte.

...

1

No te juzgaré.

...

1

No te juzgaré, en serio.

...

...

2

Fue el día en que empezó. Lo nuestro, digo. Esa tarde que habíamos quedado todos, pero tú no podías venir, y entonces te anularon la cita y apareciste por sorpresa, y justamente los otros tuvieron que irse...

1

...Y nos quedamos en la terraza de ese bar hablando durante horas, y tú estabas más atractivo que nunca, y me empecé a plantear cosas que segundos antes ni siquiera se me habían pasado por la cabeza, y no sé cómo nos acabamos dando un beso increíble bajo la lluvia, y te fuiste en el momento exacto para dejarme con ganas de más. Me acuerdo, por supuesto. Te he dicho unas cuantas veces que para mí eso fue muy parecido a la felicidad absoluta. Perfecto.

2

...Perfecto.

1

¿Tienes un secreto relacionado con...? ¡No! ¿Me estás diciendo que no todo fue tan espontáneo como creía? ¿Que lo habías preparado?

2

No, no te estoy diciendo eso.

1

Demasiado redondo, demasiado casual para ser cierto. Yo te gustaba desde hacía tiempo, pero no mostraba ningún interés por ti, ¡así que me organizaste la cita ideal! Claro, por eso todos se fueron tan temprano, realmente fue muy raro...

2

No, a ver—

1

¡Qué callado te lo tenías! ¡Estoy admirada! Admirada de verdad.

2

¡No, no preparé nada, no va por ahí en absoluto!

1

Vale.

2

Tú me gustabas desde hacía tiempo, pero no mostrabas ningún interés por mí. Hiciera lo que hiciera no conseguía llamar tu atención. Y créeme, le dedicaba auténticos esfuerzos. Contigo, tenía que mostrarme siempre absolutamente perfecto. No es que deseara ser una persona distinta, aspiraba tan solo a convertirme en la mejor versión posible de mí mismo. Tu presencia hacía que de repente

necesitara salir del agujero de conformismo en el que me había enterrado. Salir y brillar.

1

Sí, exhibir las plumas como un pavo real.

2

Sí.

1

Mi pavito...

2

Ya empezamos con los nombres ridículos.

1

¡Venga ya, si te encanta que te llame así!

2

¿Qué dices?

1

Te encanta.

2

Dejémoslo. Seguro que a ti te parecía que yo entonces poseía una energía incansable, pero no era así para nada. Me preparaba lo que te diría. Y las palabras que ensayaba a conciencia, que tenían que ser como fórmulas mágicas para captar tu interés, se convertían en hechizos defectuosos tan pronto como salían de mi boca. Y cada vez que esto pasaba, y pasaba a menudo, la tristeza me iba invadiendo unos centímetros más. Poco a poco, progresivamente, casi sin dejar que me diera cuenta, aquel sentimiento asqueroso se me había pegado a los huesos y al alma; me había conquistado. Y ese día se encontraba celebrando una nueva victoria sobre mí, una victoria que en esos momentos me parecía definitiva. Insalvable.

No sé por qué salí de casa, pero lo hice desde la apatía. Me puse cualquier cosa por encima y me fui. Ni siquiera me duché. Ni siquiera me había duchado el día anterior, de hecho; no había puesto los pies en la calle y no me respetaba lo bastante como para meterme bajo el agua solo en deferencia a mí mismo. Y entonces te vi. ¡Habías venido! Supongo que no era tan improbable que lo hicieras, pero no había contemplado esa posibilidad. Solía ir al revés. Yo te esperaba con toda la ilusión del mundo y al final no te presentabas, así que el que lo hicieras un día en el que ni siquiera tenías que venir se me antojaba directamente sobrenatural. Y a pesar de todo, allí estabas. Radiante como siempre. Inmejorable como siempre. Si normalmente ya te consideraba superior a mí, ese día en concreto se me hacía insoportable que me vieras. Me sentía indigno. Sucio. Y fue justo entonces, justo el día que no la quería, cuando la ocasión mil veces deseada cayó del cielo. Lo único que me apetecía era huir, correr calle arriba, volver cuando estuviera preparado para compartir unas horas contigo. Pero la oportunidad podía no volverse a presentar.

Yo estaba extraordinariamente tenso, cardíaco, atento a cualquier peligro. Creo que eso me jugó a favor. No, no es que lo crea, lo sé. Las otras veces que habíamos hablado se me notaba demasiado que me gustabas y eso me hacía perder todo el interés. Me daba cuenta, pero no sabía hacerlo de

otra forma. Ese día, en cambio, adquirí sin pretenderlo una distancia hacia ti que de repente me convirtió en alguien encantador. Tú crees que aquella tarde me pudiste conocer, pero te habrías esfumado al instante si me hubiera mostrado tan servil como en las otras ocasiones. Mi incomodidad hizo que leyeras en mí algún tipo de elevado misterio insondable que en realidad era repulsivamente terrenal.

Y a pesar de todo, fue bien. Conectamos. Por primera vez, *por primera vez*, mi idea de lo que sería estar contigo se correspondía con lo que estaba viviendo. Se quedaba corta, incluso. Aquello era lo mejor que me había pasado nunca. O lo habría sido si no me hubiera encontrado absurdamente pendiente de que no notaras mi penoso estado de higiene. Yo intentaba calmarme, convencerme de que no era tan grave, de que estaba atascado en un hecho que tenía mucha menos relevancia de la que yo me estaba empeñando en darle. Y aunque lo entendía, aunque racionalmente estaba convencido de que no era para tanto, no podía quitarme de encima la sensación. La miserable y nauseabunda sensación.

Volví a ir al baño. Era la tercera vez. La primera, me había lavado de forma precaria, pero eso no me había tranquilizado demasiado. En esta ocasión no escapé para limpiarme, sino para acabar con la angustia de una vez por todas. Me negaba a estar así, tenía que ser capaz de disfrutar de lo que había deseado durante tanto tiempo. Me miré al espejo. Respiré hondo. Podía hacerlo. Lo haría. Antes de volver contigo, sin embargo, aproveché el viaje al váter. Y aquí fue dónde acabé de estropearlo todo. Aún estaba nervioso, no sé dónde tenía la cabeza y... me meé los pantalones. Enteros. No sé cómo lo había hecho, cómo me había descontrolado para apuntar encima de mí, pero la orina se deslizaba pierna abajo de forma evidente. No podía salir, de esa manera no. Pero allí no había secador y, por mucho que intentara limpiármelo, por mucho que te contara que me había salpicado al lavarme las manos, sería imposible que no supieras que me había meado. *Eso* sí que destrozaría la cita, aquella y cualquier otra que pudiéramos tener. Para el resto de nuestras vidas, yo sería el tío que se había presentado ante ti con los pantalones manchados de orín. No sabía qué hacer, te lo juro, los nervios que había vivido antes no eran nada en comparación con los que experimentaba ahora. Se me pasó por la cabeza salir e irme a casa y llamarte después con cualquier excusa, pero si por casualidad estabas mirando hacia la puerta me verías. Se me pasó por la cabeza venir corriendo hacia la mesa tapándome como pudiera con las manos y en cuanto me encontrara sentado verterme la cerveza por encima y rezar para que no hubieras visto la enorme mancha antes. Se me pasó por la cabeza cortarme las venas con las llaves del piso y acabar de una puta vez con todo... ¡Oh, no te imaginas lo que llegué a sufrir! No sé cuánto rato estuve allí dentro. Probablemente poco. No más de diez minutos, seguro, pero me parecieron tres vidas. O incluso cuatro. Y de repente, el sonido. Un sonido ensordecedor que lo dominaba todo: un trueno. Me dirigí hacia la puerta. De la nada, había estallado una tormenta. Inmensa. Formidable. Colosal. Me tiré de cabeza. ¡Eso me salvaba! En pocos segundos, mi ropa pasó a estar empapada y libre de toda sospecha. Cuando me viste ahí en medio, saltando sin sentido, debiste de creer que yo era un chalado, un loco desacomplejado con ganas de gozar de la vida, y decidiste unirme a mí. Nos encontrábamos juntos ahí debajo, en una especie de comunión limpiadora que, pobrecita, no podías figurarte ni remotamente lo que significaba para mí. Te me abrazaste, buscando el beso. Supongo que era un momento demasiado perfecto como para dejar pasar la ocasión de recrear el cliché. Y yo te lo di, claro. Nuestro primer beso, contaminado para siempre por el recuerdo de la orina que, a pesar de la lluvia, aún llevaba encima. No me podía quedar. Te di una excusa y, esta vez sí, huí. A partir de aquí, no hace falta que te lo diga, fuimos inseparables. Pensé mucho en ese primer día durante las siguientes semanas. No porque temiera que me llegaras a descubrir, claro, sino porque me molestaba que nuestro inicio representara para mí un momento traumático. Supongo que si lo hubiera podido compartir contigo, el asco se habría desvanecido, se habría deshecho bajo el agua

purificadora que nos mojó ese día. Pero me daba miedo contártelo, y en mi interior la mota de polvo que suponía ese hecho irrelevante adquiría dimensiones épicas. Hasta hoy. ¡Hasta ahora! ¿Te das cuenta? Te lo he podido contar. Te lo he podido confesar y no ha pasado nada. ¡Por supuesto que no ha pasado nada, era una historia ridícula! Me meé. ¿Y qué? El mundo está lleno de gente que roba, que mata, que lo destruye todo a su paso sin ningún remordimiento. ¡Y yo me estaba preocupando por un hecho anecdótico, por un hecho irrisorio! ¡Pero ahora ya está, ahora se acabó, ahora sé que lo aceptas *todo* de mí! Oh, gracias por preguntar. Gracias por obligarme a vomitar esta pequeñez que me hacía un daño incongruente, que me ensuciaba no solo los recuerdos, sino también las vivencias. Gracias por demostrarme que *nada es tan importante*. Gracias.

...

1

Y, sin embargo, esto...

2

¿Qué?

1

Que no es un detalle tan anecdótico.

2

¿Cómo?

...

1

¿Cuántas veces hemos recordado juntos aquel primer día? ¿Cuántas veces hemos hablado de ello?
¿Puedes contar las horas que hemos dedicado a repasarlo y a disfrutar?

2

Lo hemos hecho bastante a menudo, sí.

1

Bastante a menudo. Y en todas las ocasiones, cada vez que yo te veía feliz mientras hablábamos del tema, resulta que no era más que una comedia.

2

¿Una comedia?

1

Para ti no era un día perfecto, era un recuerdo doloroso.

2

A ver, tampoco...

1

Era un recuerdo doloroso. ¿Cómo puedo volver a confiar en ti si me escondes tu realidad con esta pericia? ¿Cómo puedo volver a saber que me dices la verdad?

2

¿Qué tenía que hacer? ¿Contártelo cuando empezamos a salir? Posiblemente la imagen que tenías de mí hubiera salido perjudicada.

1

Posiblemente.

2

¡Pues ya está! Te lo he contado ahora.

1

Ya.

...

1

Y no tendrías que haberlo hecho.

2

Pero si tú misma me has dicho... Si me has pedido...

1

Sé perfectamente lo que te he dicho y lo que te he pedido. No podía saber que nos llevaría a esto. No tendrías que haberlo hecho.

...

2

Has dicho que no me juzgarías.

1

Ya. Pensaba que no lo haría.

...

2

Eh. ¡Eh! Mírame. Soy yo. Soy el mismo de siempre. El mismo de hace cinco minutos, de hace diez horas, de hace tres años. Soy tu pavito.

...

1

Tenías razón. Es un nombre ridículo.